

Solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
La Crosse
12 de diciembre de 2020

Zac. 2, 14-17
Jud. 13, 18bcde. 19
Ap. 11, 19a; 12, 1-6a.10ab
Lc. 1, 26-38

Homilía

¡Alabado sea Jesucristo!

Con los corazones cansados y afligidos acudimos hoy a Nuestra Señora de Guadalupe en el día de su fiesta. Nuestra nación vive una crisis que amenaza su futuro de libertad y democracia. La propagación mundial del materialismo marxista que destruyó y mató a tantas personas y que amenazó los fundamentos de nuestro país durante décadas, hoy pretende gobernarlo. Para obtener beneficios económicos, nos hemos permitido como estado depender del Partido Comunista Chino, una ideología totalmente opuesta a los cimientos cristianos sobre los que se apoyan nuestras familias y nuestra patria para estar seguros y prosperar. Me refiero a los Estados Unidos, pero muchos otros países también agonizan en una crisis similar muy alarmante.

Además, convivimos con el virus misterioso de Wuhan sobre cuya naturaleza y prevención los medios de comunicación masiva nos informan cada día de formas contradictorias. Sin embargo, es claro que el virus fue y está siendo utilizado por ciertas fuerzas, opuestas a las familias y a la libertad de los estados, para avanzar con una agenda malvada. Esas fuerzas nos dicen que somos parte del llamado *Gran Reinicio*, la *Nueva Normalidad*; manipulan a los ciudadanos y a las naciones a través de la ignorancia y el miedo. Nos mueven a encontrar en una enfermedad y en su prevención la manera de entender y dirigir nuestras vidas, en lugar de en Dios y en su plan de salvación. La respuesta de muchos obispos y sacerdotes y la de múltiples fieles puso en evidencia la ausencia de una catequesis sólida. Muchos en la Iglesia no entienden que Cristo continúa su labor salvadora durante las plagas y otros desastres.

Aún más, nuestra santa Madre Iglesia, la Esposa inmaculada de Cristo, en la que Él nos salva, está acosada por informes de corrupción moral; en particular, sobre cuestiones referidas al sexto y séptimo mandamientos que parecen aumentar cada día. En nuestro país, los informes sobre Theodore McCarrick han tentado con razón a muchos católicos devotos a cuestionar a sus pastores que, de acuerdo con el plan de Jesucristo para la Iglesia, deben ser guías seguros que enseñen las

verdades de la fe, los conduzcan adecuadamente en el culto divino y en la oración a través de la disciplina perenne de la Iglesia.

Algunas veces, los fieles no reciben respuestas de sus pastores. Otras veces, si bien obtienen respuestas, estas no están basadas en las verdades inmutables de la fe y de la moral y parecen provenir más de gerentes administrativos que de auténticos pastores. La confusión actual respecto a la doctrina dogmática y moral de la Iglesia genera cada vez mayores divisiones dentro del Cuerpo de Cristo. Todo esto paraliza a la Iglesia en su misión de testimoniar la verdad y el amor divinos; precisamente en este momento en el que el mundo necesita más que nunca que la Iglesia sea un faro luminoso. En lugar de llamar al mundo a la conversión en obediencia a la ley divina escrita en cada corazón humano y revelada con plenitud en la Encarnación Redentora de Dios Hijo, la Iglesia lamentablemente, se acomoda al mundo.

Estos problemas graves presentan un desafío a nuestra vida cristiana cotidiana. El impacto de la crisis actual en el mundo y en la Iglesia es profundo. Muchos sufren grandes dolores físicos, emocionales y espirituales a causa de esta situación. Es ahora cuando más necesitamos estar cerca unos de otros viviendo el amor cristiano y no aislados como las fuerzas mundanas quieren hacernos creer para que, sintiéndonos solos, dependamos de ellas como esclavos de su agenda impía y asesina.

Sin embargo, no estamos solos. Tenemos a la Virgen Madre de Dios, nuestra Madre en la Iglesia. Con confianza presentémosle nuestros corazones afligidos. Atraídos por su Inmaculado Corazón en la Solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe nos acercamos hoy a ella en peregrinación. María de Guadalupe nos habla como le habló a San Juan Diego cuando parecía derrotado por la enfermedad mortal de su tío, Juan Bernardino, con el que vivía y del que se ocupaba, y por el gran desafío de llevar adelante la difícil tarea que Nuestra Señora le confiaba. Ante las expresiones de impotencia e imposibilidad de san Juan Diego, Nuestra Señora le respondió:

¿No estoy yo aquí, yo, que tengo el honor de ser tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos¹?

Ella nos dice estas palabras también a nosotros.

María Inmaculada es la mujer vestida de sol cuyo Hijo estaba destinado a salvar al mundo del poder del Maligno. Ella nos muestra la verdad de la que el Apocalipsis testimonia que, en el

¹ *Nican Mopohua*, tr. Instituto Superior de Estudios Guadalupeños, in Carl A. Anderson y Eduardo Chávez, *Nuestra Señora de Guadalupe. Madre de la civilización del amor* (México, D.F.: Random House Mondadori, S.A. de C.V., 2010), p. 220, n. 119.

nacimiento de su Divino Hijo, Él «fue elevado hasta Dios y hasta su trono²». Nuestra Señora asegura que Dios Padre cumplió, por la Encarnación Redentora de Dios Hijo, su promesa de salvación eterna, la promesa renovada a través de las palabras del profeta Zacarías: «yo vengo a habitar en medio de ti – oráculo del Señor –³».

Unamos nuestros corazones afligidos con el Inmaculado Corazón de la Madre de Dios, nuestra Madre, a quien el Arcángel Gabriel la llamó con razón «llena de gracia⁴». En medio de tantos males, la Virgen María recibe nuestros corazones y los lleva a la fuente de su curación y fuerza, al Sagrado Corazón de Jesús, Dios y hombre, Hijo de Dios e Hijo suyo. María nos invita a elevar nuestros corazones al glorioso Corazón traspasado de Jesús, al único en el que encontraremos la salvación.

Nuestra Señora quiso que su casa se construyera aquí precisamente para tiempos difíciles como los que estamos viviendo. En su santuario ella atrae a las almas hacia su Hijo, nuestro Salvador, dirigiéndonos las siguientes palabras: «Hagan todo lo que él les diga⁵». Su iglesia en este lugar es un faro que nos conduce a la salvación eterna; constituye la imagen de nuestra vocación, de la vocación de la Iglesia universal: ser un faro que refleje la luz brillante de la verdad y del amor divino en el mundo, que refleje la realidad de Cristo sentado en gloria a la derecha del Padre y, al mismo tiempo, morando con nosotros en la Iglesia.

Sí, nuestros corazones están comprensiblemente afligidos; pero Cristo, por la intercesión de su Virgen Madre, eleva nuestros corazones a los suyos, renovando nuestra confianza en Aquel que nos prometió la salvación eterna en la Iglesia. Dios nunca será infiel a sus promesas. Nunca nos abandonará. No nos dejemos seducir por las fuerzas del mundo ni por los falsos profetas. No abandonemos a Jesucristo ni busquemos la salvación en lugares donde nunca la encontraremos. No olvidemos las palabras con las que la Virgen se presentó en su primera aparición a San Juan Diego:

Sábelo, ten por cierto, hijo mío, el más pequeño, que yo soy en verdad la perfecta siempre Virgen Santa María, que tengo el honor de ser Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive, el Creador de las personas, el Dueño de la cercanía y de la inmediatez, el Dueño del cielo, el Dueño de la tierra.

Mucho quiero, mucho deseo, que aquí me levanten mi casita sagrada, en donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto, lo entregaré a las gentes en todo mi amor personal, a Él que es mi mirada compasiva, a Él que es mi auxilio, a Él que es mi salvación⁶.

² Ap. 12, 5.

³ Zac. 2, 14.

⁴ Lc. 1, 28.

⁵ Jn. 2, 5.

⁶ *Nican Mopohua*, p. 214, nn. 26-28.

Que el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe sea siempre un instrumento digno por el cual el Corazón Inmaculado de María atraiga los corazones humanos a sí y los lleve al glorioso Corazón traspasado de Jesús, a la única fuente de sanación y de fortaleza en esta vida y nos conduzca a la vida eterna.

Antes de la bendición final, tendremos la admisión de nuevos Servidores e investiremos a los actuales Servidores como Caballeros del Altar de Nuestra Señora; a saber, los niños y jóvenes que sirven a Nuestro Señor durante la Sagrada Liturgia en este santuario. Recemos, invocando la intercesión de Nuestra Señora y de San Juan Diego, para que Nicholas Kotnour, Michael Row y Thomas Wilson – que serán admitidos como Servidores – perseveren en su preparación para convertirse en Caballeros del Altar de Nuestra Señora; también para que Ian Peratt y Charlie Ifrey – que serán investidos como caballeros – sean siempre fieles a la alta misión que han aceptado. Que la santidad de su servicio a Nuestro Señor en el altar, bajo la guía y protección de Nuestra Señora, se refleje en cada aspecto de su vida diaria.

Bajo el manto amoroso del Inmaculado Corazón de Nuestra Señora de Guadalupe, levantemos ahora nuestros corazones afligidos al glorioso Corazón traspasado de Jesús. Confiando que la promesa de salvación de Nuestro Señor se cumplirá, entreguemos nuestros corazones completamente a Él en su santa Iglesia. Confiemos en que en su corazón encontraremos la sabiduría y la fuerza para vivir estos tiempos difíciles con los ojos fijos en Él y en la salvación que, a través de la Divina Maternidad de la Virgen María, Él nos trajo al mundo.

Sagrado Corazón de Jesús, salvación de los que en ti confían, ten piedad de nosotros.

Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América y Estrella de la nueva evangelización, ruega por nosotros.

San José, Protector de la santa Iglesia, ruega por nosotros.

San Juan Diego, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardinal BURKE